

EXPOSICIONES

SIETE PINTORES MEXICANOS

Escribe: EUGENIO BARNEY CABRERA

En arte hay exposiciones que adquieren interés por razones negativas. Este parece ser el caso de la mal llamada "pintura mexicana de hoy", cuya exhibición tuvo lugar en la Biblioteca Luis-Angel Arango en la primera quincena de septiembre del presente año. Precedida de abundantes y favorables conceptos críticos era de esperarse que la mencionada muestra pictórica correspondiese a los antecedentes del arte mexicano y a la importancia de los prolegómenos que la acompañaron. Pero los anhelos del público entendido de Bogotá resultaron frustrados. Parece que la benevolencia de la crítica en México ha perjudicado a estos profesionales del arte quienes, pudiendo hacerlo, o no seleccionaron bien las muestras o se contentan con mínimos esfuerzos creadores que no les permite salir de la medianía.

Los 7 pintores mexicanos, a cuya exposición colectiva me refiero, pertenecen a generaciones menores de cuarenta años. Y todos ellos han expuesto en diferentes galerías americanas, europeas, asiáticas. Por consiguiente han tenido oportunidades para comparar, estudiar y comprender la propia cortedad. No son gentes recién llegadas, ni improvisados aficionados del taller artístico. Todos ostentan el título de artistas profesionales, y cuentan con más de doce exposiciones individuales. Son gentes de experiencia, de recorrido por varios caminos del mundo plástico, de trayectoria no despreciable. Luego están en su terreno, y en la flor de la expresión vital, pues que tampoco pertenecen a generaciones caducas, ni conciben el arte dentro de tendencias desuetas o de corrientes manidas. ¿Cómo, entonces, excusarles tanta pobreza, tamaña cortedad en el lenguaje pictórico?

Porque ninguno de los invitados de la Biblioteca Luis-Angel Arango, individualmente considerado o analizado en grupo, descuella o rompe el hielo de la medianía. Ni Fitzia —30 años, 8 exposiciones individuales, 3 colectivas— con sus óleos de aficionada en donde no es posible hallar ni aún la gracia francesa que sería legítimo esperar en quien pertenece por la sangre y por los estudios al país galo, pero tampoco la fuerza colorística y la valiente expresividad americana; ni Maka —34 años, 17 exposi-

ciones— con un falso expresionismo abstracto, remotamente recordatorio de Soulages, pero más de los imitadores de este gran artista rodeciano; ni Leonardo Nierman —29 años, 17 exposiciones— a pesar de su edad promisoría, y sus atisbos estructurales, que denotan mayor seriedad y talento, y justifican las esperanzas que puedan fincarse en este joven; ni Luis Nishizawa —41 años, 10 exposiciones individuales, varias colectivas, representante de México en Sau Paulo— con cansado informalismo que no osa romper el lugar común sino que se contenta con el común denominador en esta exigente tendencia cuyos mejores cánones ha marcado Jean Dibuffet en coadyuvancia con Burri y Tepies; ni Patric —39 años, más de 20 exposiciones— con lenguaje simbólico-alegórico que en ocasiones recuerda cierta desueta pintura ecuatoriana, y que siempre refleja el lastre del mal gusto; ni Marisole Worner Baz —24 años, más de 16 exposiciones— cuya horrible materia y paupérrimo concepto pictórico solo logran ser perdonados por su juventud, edad explicatoria acaso del sentimental compromiso que sus muestras sugieren y del equivocado proceso ilustrativo de la temática, más de acuerdo con técnicas monocopísticas que con la del óleo, de donde resultan cuadros de blanda literatura; ni Alfredo Navarro España —40 años y 33 exposiciones— con sus pretendidos equilibrios cromáticos de segunda mano aunque de gusto pasable; ninguno de ellos, en fin, ha enviado a Bogotá nada sorprendente, ni que justifique la trayectoria y el nombre que exhiben.

Por todo lo cual quedamos sorprendidos de la bondad de la crítica que ha mimado a estos 7 artistas. Todos ellos han cruzado los mares en las cuatro direcciones para exponer una pintura prolijada por críticos de la autoridad de Margarita Nelken. Muestras de estos pintores han sido adquiridas por museos y galerías de Asia, Europa y Estados Unidos, y cada uno de los nombrados profesionales figura con frecuencia en la nómina del arte mexicano. ¿Cómo justificar tales triunfos si consideramos la pintura expuesta en la Sala de la Biblioteca Luis-Angel Arango de Bogotá? Culpemos a la crítica por su excesiva bondad, y excusemos la pobreza general con la sospecha de una selección equivocada o fallida. Y como lección para nosotros, recordemos cuando de seleccionar embajadores de cultura se trata, que la parquedad y la circunspección objetiva siempre serán excelentes consejeras.